

<https://doi.org/10.29393/CFNE5-12AIMQ10012>

ACERCA DE LA IDENTIDAD DE LO MORAL

Marcela Quevedo Romero

La etimología de la palabra ética proviene de êthos y debe remontarse a los albores de la cultura griega pues es en su seno que se gesta su sentido primero cual es el de "lugar donde se habita", "morada". Sin embargo, debe dejarse en claro que tal sentido no estuvo siempre reservado exclusivamente a los hombres sino antes bien, primigeniamente, se aplicó a aquel lugar habitado por animales. Tanto que la palabra êthos se identificó con el lugar en el que se encontraban y criaban a los animales. Tal sentido de encuentro y crianza, se extendió a los hombres y a los pueblos, considerándose como êthos al "país" o "territorio físico" en el que se desarrollaba la vida humana. A poco andar de esta segunda aplicación de êthos (que sólo difería de la primera por el tipo de habitantes que albergaba la residencia física) la palabra dejó atrás -gradualmente- el sentido de "residencia" de lo humano y comenzó a evocar con su pronunciación **el substrato fundacional de las acciones humanas, aquel que es el fundamento que explica y sostiene -en tanto que permite conservar- una visión del orden de la polis y del hombre como un componente de su estructura.** Ejemplo de ello, puede apreciarse en la función educadora de la poesía griega en general, pero, especialmente, de la poesía homérica, en relación con la que Jaeger afirma:

"Pero sólo puede ser propiamente educadora una poesía cuyas raíces penetren en las capas más profundas del ser humano y en la que alienta

un *ethos*, un anhelo espiritual, una imagen de lo humano capaz de convertirse en una constrictión y en un deber".¹

El mismo autor sostiene sobre la poesía educadora de Hesíodo:

"Aunque el contenido del poema sólo sea comprensible y aplicable para los campesinos y el trabajo del campo, los valores morales implícitos en aquella concepción de la vida se hacen accesible, de una vez para siempre, a todo el mundo".²

El poeta Tirteo en Esparta expresa -tal como lo sostiene Jaeger- una visión renovada de *êthos*:

"El ideal homérico de areté heroica es transformado en el heroísmo del amor a la patria. El poeta aspira a que este espíritu impregne la vida de todos los ciudadanos. Quiere crear un pueblo, un estado de héroes. La muerte es bella cuando la sufre un héroe. Y se es un héroe cuando se cae por la patria. Esta idea confiere a su caída el sentido de una ofrenda de la propia persona en aras de un bien más alto".³

Dados estos antecedentes históricos, afirmemos siguiendo a José Luis Aranguren en su *Ética* que *êthos*:

"... ya no se trataría del lugar exterior o país en que se vive, sino del "lugar" que el hombre porta en sí mismo, de su actitud interior, de su referencia a sí mismo y al mundo (héxis, hábito de los escolásticos). El

¹ Jaeger, Werner, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. F.C.E., Colombia, 1992, p. 49.

² Op. cit., p. 81.

³ Op. cit., p. 95

êthos es el suelo firme, el fundamento de la *praxis*, la raíz de la que brotan todos los actos humanos".⁴

Sin embargo, a pesar de ser este *êthos* fundacional de un sentido para la vida humana, tanto que es el contexto explicativo de la propia *praxis* llevada a cabo en él, no se agota en sí mismo, antes bien, amplía su significado y, por extensión, también su ámbito de aplicación a la palabra "carácter", "modo de ser". Esta nueva evocación de la palabra *êthos* se la debemos a Aristóteles quien especialmente en su libro *Ética a Nicómaco* atribuye como condición necesaria para la formación del carácter la adquisición voluntaria y práctica repetida de acciones a fin de convertirlas en un hábito, en un modo regular de actuar que define –a la manera de una segunda naturaleza distinta a la primera que es el *páthos*– nuestro ser ante nosotros mismos y ante la polis. Esta consideración deja al descubierto que si bien *êthos* es carácter, es decir, el modo en que un hombre se define a sí mismo en la polis también es la fuente de la que emanan sus actos, por cierto concordantes con aquello que de sí mismo ha modelado.

De lo que se concluye que este segundo sentido, debe su ser al primero pues el carácter sólo se forma y perfecciona como tal mediante la práctica de un hábito que se inserta con rigor y armonía –ya desde su origen– en el orden de la polis y sin el cual, tanto los hábitos como el carácter carecerían de todo sentido.

Esta refundación del aparecer del *êthos* –en el que ya no existe separación entre *êthos* (morada) y *éthos* (hábito)– se identifican en el concepto latino de *mos* (costumbre) y que, tradicionalmente, se ha traducido como *moral*. Sin embargo, teniendo en vista este origen de lo moral cabe plantearse las siguientes preguntas: ¿es posible una identidad de lo moral separada de su referente más próximo como es el *êthos*, en otras palabras, es posible pensar a lo moral transitando por

⁴ Aranguren, José Luis, *Ética*. Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 21.

derroteros distintos a los del êthos? o será que ¿es el êthos el que diseña la esencia de lo moral en tanto es la fuente de la que emanan aquellas costumbres que debe cumplir un hombre para hacer praxis una determinada visión del mundo y de lo humano (el êthos en su sentido de morada)?

Resolver esta cuestión requiere –que duda cabe– instalarse en el “mundo de la vida” en que deviene la existencia humana que no es más que el mismo mundo en el que el propio Aristóteles creyó encontrar la esencia de la Filosofía al decidir aproximarse al quehacer y la vida del filósofo:

“Puesto que buscamos esa ciencia, habrá que examinar de qué causa y de qué principios la sabiduría es ciencia. Si se tuviera en cuenta las opiniones que comúnmente se forjan acerca del sabio, este asunto se tornaría más claro”.⁵

En ese “mundo de la vida” que vivimos en nuestro tiempo se descubre que cada hombre es el que debe elegir su modo de ser moral de acuerdo a un sentido particular de la vida también determinado por él y, por cierto, en relación con los puntos de referencia de su cultura. Considerada esta elección como proclamación explícita de su libertad situada es que el modo de ser moral se le aparece al hombre como una obligación irrenunciable en cuanto está vertida en ella la razón para vivir su vida y quizás también para morir en su nombre. De ahí que la pregunta que interroga sobre **¿por qué se debe ser moral?** puede ser respondida siguiendo lo expresado por José Ferrater Mora:

“... Se debe ser moral porque es lo justo, lo adecuado, lo conveniente, lo conforme al Bien; o porque es ordenado, o mandado, por alguien o algo,

⁵ Aristóteles, *Metafísica*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1986, Alfa, II, 982 a 5 y ss.

es decir, una persona, una institución, etc.; o porque es un mandato de Dios; o porque nos produce satisfacción o nos hace felices; o porque es útil para la sociedad; o porque es un mandato de la razón; o porque es un mandato de la conciencia (moral), de la vocación, etc.". ⁶

Pero esta pregunta puede aún asumir una posibilidad de respuesta más: **se debe ser moral por rebeldía**, como el único modo de desafiar el absurdo con que para algunos hombres se les aparece el mundo y su propia existencia. Sin embargo, tal rebeldía los separará de su mundo porque ella surge como la única manera de asumirse a uno mismo con autenticidad.

Dicha rebeldía no es otra cosa que:

"una confrontación perpetua del hombre con su propia oscuridad. Es exigencia de una transparencia imposible". ⁷

La cuestión ahora por discernir es ¿qué es esa oscuridad a la que Camus se refiere? Es lo que nuestro filósofo ha llamado el **sentimiento de lo absurdo**. Este sentimiento se le presenta a la conciencia, a veces, casi imperceptiblemente tanto que la vacuidad de su aparecer es efímera y la conciencia la olvida sin problematizar sobre ella. Otras veces, en cambio, aparece como **un vendaval que arrasa todo sentido posible para la vida, privándola de toda esperanza y de cualquier excusa evasiva de la realidad**. Este sentimiento:

"evoca, después de otros muchos, esos lugares desiertos y sin agua en los cuales el pensamiento llega a sus confines". ⁸

⁶ Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1999, p. 2461. (VI. III)

⁷ Camus, Albert, *El mito de Sisifo*. Altaya, Barcelona, 1998, p. 74.

⁸ Op. cit., p. 22.

Porque una conciencia que ha devenido lúcida -finalmente- acaba por comprender que entre su vida y el marco de referencia en el que ella se desarrolla no hay coherencia alguna, esto es:

"Entre la certidumbre que tengo de mi existencia y el contenido que trato de dar a esta seguridad hay un foso que nunca será colmado. Seré siempre extraño a mí mismo".⁹

Y es esa extrañeza en relación no sólo con el mundo sino y -sobre todo- en relación consigo mismo la que hace que tal sentimiento se instale en la conciencia de un hombre sin jamás abandonarla. **Pues para una conciencia que ha aprendido tal certeza ya no es posible el engaño.** Entonces ¿cómo vivir la/mi vida desde tal desencanto? Camus nos propone como respuesta a esta tortuosa interrogante el ejemplo del Héroe Absurdo que encarna Sísifo.

Quien no sólo descubre al mundo en relación con su vida sin sentido sino que también advierte que su propia presencia en el mundo no tiene sentido porque **sabe** de su condena con la finitud que lo posee y **sabe** que es una condena a perpetuidad, irrevocable tanto en sus causas como en sus efectos. Sin embargo, y pese a tal "oscuridad", es capaz de reconocer en ello una nota que posibilita su rebeldía, su libertad absurda para escoger y vivenciar desde/en lo absurdo su existencia según su propio modo:

"... durante toda los días de una vida sin brillo el tiempo nos lleva. Pero siempre llega un momento en que hay que llevarlo".¹⁰

Y es para llevar a ese tiempo esquivo, que nuestro héroe -haciendo ejercicio de su libertad absurda- se convierte a sí mismo en un

⁹ Op. cit., p. 34.

¹⁰ Op. cit., p. 27.

rebelde que desafía la finitud que padece y el poder que le impide el desafío. Es su rebeldía la que lo hace dueño de sí mismo en un mundo en el que no están dadas las condiciones para ello:

"En ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierten en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por su muerte".¹¹

Por ello,

"Hay que imaginarse a Sísifo dichoso".¹²

Contemporáneamente podemos afirmar que **lo absurdo y la rebeldía** constituyen también una posible identidad de lo moral aunque aceptarlo sea plantear un desarraigo radical del hombre con su *êthos* (morada), pero sea aceptar -con alegría absurda- que la moral es una construcción humana que debe desafiar lo establecido si lo constituido como tal niega la contingencia -también radical- que funda la presencia del hombre en el mundo y en su propia vida:

"Esta rebelión da su precio a la vida. Extendida a lo largo de toda una existencia, le restituye su grandeza. Para un hombre sin anteojeras no hay espectáculo más bello que el de la inteligencia en lucha con una realidad que la supera".¹³

¹¹ Op. cit., p. 162.

¹² Ibidem.

¹³ Op. cit., p. 75.